

Presentación de “Vivir desde el don” de Alberto Berro,

Bs. As. Sabiduría Cristiana, 2008

Dra. Marisa Mosto

El año pasado Alberto me pidió que leyera lo que podríamos hoy llamar el “manuscrito” de su libro. Me dijo que quería mi opinión sobre el ensayo que acababa de escribir. Me sentí sorprendida y halagada. Pensé primero: ¿Qué raro que Alberto quiera mi opinión? ¿Qué piensa que podría aportarle yo a su trabajo? Y luego: ¿Alberto escribiendo un “ensayo”? Todos los escritos suyos que había leído se relacionaban más con la forma literaria del estudio académico que con la del ensayo. ¡Eran demasiadas novedades juntas! Ese escrito anillado despertó en mí un gran interés.

Y sin saberlo yo, con ese gesto empezaba a disfrutar de la propuesta de su libro, “Vivir desde el don”.

En realidad lo principal no era lo que yo iba a aportar a su trabajo, sino lo que el texto iba a regalarme a mí.

En primer lugar me ha permitido entrar a la intimidad de su vida interior. Alberto abre las puertas de su casa y nos recibe así como está, vestido de entrecasa, sin atavíos especiales ni poses que nos hicieran distraer de lo esencial. Como si nos dijera “¡Veni, sentate! Tengo algo que me urge compartir con vos, una noticia que me llena el alma y me ha permitido caminar con una energía que no puedo guardar sólo para mí.”

Y a ese fin le fue dado también un lenguaje nuevo con que expresarse, el lenguaje del ensayo. El ensayo, dice el filósofo alemán T.W. Adorno, es una mezcla de ciencia y poesía. Yo agregaría aquí un elemento más, diría que es una mezcla de ciencia, poesía y vida. La vida de un hombre que busca poner en palabras las intuiciones esenciales a las lo ha abierto su experiencia. La teoría ha llegado para iluminar y manifestar lo que ya estaba vivo y no antes. Entonces ejerce sobre quien lo lee una tarea de ascesis. Es como si uno fuera una alfombra llena de polvo, Alberto la agarra de los extremos, y la sacude. La libera del polvo que la agobia, en realidad libera del polvo a nuestros ojos y nos invita a ver la vida desde la perspectiva de los suyos.

La luz de esa perspectiva que nos quita todo ese peso de encima es la misma luz que le ha quitado a él evidentemente un peso de encima.

Nos dice de mil maneras contemplando las múltiples aristas de lo real: “Todo es don”. “Vos mismo, tu vida, todos aquellos y todo aquello con lo que te tropieces en el camino, todo es don, un regalo que te ha sido dado para que lo goces, lo cuides, lo hagas crecer.” Y ¿Qué hacemos cuando alguien nos toca el hombro a

nuestra espalda y nos dice: "Toma te traje un regalo"? ¿No nos provoca alegría? ¿No suspendemos los que estábamos haciendo y lo desenvolvemos con curiosidad? ¿No se abre un hueco por unos instantes en la cadena con que nos aprisiona el tiempo? ¿No nos sentimos importantes, valiosos, al menos para aquel que se ha tomado el trabajo de alcanzarnos su regalo? ¿No nos sentimos agradecidos? Y si en una feliz coincidencia nos trae aquello que estábamos necesitando, ¿no se nos revela otro gran regalo aún más importante, la entrega de sí del amigo, del amigo que está pendiente de nosotros, que nos cuida, que nos hace saber que no estamos solos?

"Vivir desde el don" trae todas esas ofrendas al agobiado hombre contemporáneo. Estamos acostumbrados a recibir malos tratos y a tratarnos mal a nosotros mismos. Habitamos en un esquema social en donde prima el individualismo, la competencia, la practicidad, la dispersión, el narcisismo. Estamos convencidos de que nuestra vida sólo será valorada si logramos encontrar a los codazos un puesto exacto en la cadena de la producción y el consumo. Para el sistema anónimo que nos rodea somos un número en una estadística, un punto en una votación, un añadido al porcentaje en una encuesta, un consumidor, un televidente, un usuario, siempre prescindible y reemplazable. No nos damos cuenta pero estas características de nuestra forma de vida nos hacen violencia y la violencia responde a la violencia. El clima de violencia en que vivimos ¿no es una expresión del generalizado desprecio por la vida individual del *espíritu* de nuestra época?

A menudo padecemos la experiencia interior de soledad ontológica, de estar en manos de la Nada. Entonces Alberto se acerca, nos toca el hombro desde atrás y nos dice: "Te traje un regalo, justamente aquel que necesitas". Y nos hace revivir en la medida de lo posible aquella su experiencia de que en realidad somos los destinatarios de una maravilla. Nos hace saber por lo mismo que somos importantes por el sólo hecho de existir, que toda la trama de nuestra existencia es un regalo y que lo único que se nos pide es que seamos capaces de recibirlo, gozarlo, para vivir desde allí generosamente.

Don, recepción y entrega, se nos señalan tres movimientos básicos del dinamismo de la vida.

"Sólo quien ama la vida es capaz de descubrir su significado" dice Alíocha Karamozov un personaje de *Los Hermanos Karamazov*, la novela de Dostoievski: y se lo dice a Ivan, su hermano escéptico que se rebela frente al mal y el sufrimiento que agobia la existencia del vulnerable ser humano. "¿Amar la vida aunque uno no comprenda su sentido?", le retruca Ivan.

"Irremisiblemente así; amarla más que a la lógica; sólo entonces comprenderás su sentido." Insiste Alíocha

Alíocha había descubierto el sentido de la vida en la experiencia del don y para él la experiencia del don fue una y la misma con la experiencia de lo sagrado. Tal es así que llegó a afirmar: "la vida es un paraíso, y todos nosotros estamos en el

paraíso sólo que no queremos enterarnos, y si quisiéramos enterarnos mañana el mundo todo sería un paraíso.”

“Vivir desde el don” quiere transmitirnos algo de esa misma experiencia: la vida es sagrada, en cierto modo habitamos en el paraíso. Nos hace revivir a su manera el relato de la Creación del Génesis, donde a la creación de cada creatura le sigue la aprobación divina, “y vio Dios que era bueno” y una vez que el Creador hubiera creado el orden del todo volvió a confirmarlo diciendo que este “era *muy* bueno”. Y luego... se tomo su tiempo para dar origen a la maravilla más alta hecha a su imagen y semejanza.

“Vivir desde el don” nos trae el recuerdo de nuestro origen para que podamos revivirlo tras el velo de todo aquello que nos hace tan difícil la vida. Nos recuerda que somos valiosos, que todo es sagrado, en un mundo que permanentemente nos saca de foco y pone en duda nuestra identidad. Nos vuelve a decir: “Y vio Dios que eras bueno y te llenó de dones”. Nos hace descansar, nos deja a solas y en silencio frente a nosotros mismos y lo que nos rodea, para que seamos capaces de recuperar todos esos dones.

En Dostoievski la verdadera experiencia del carácter sagrado de un mundo herido moviliza al sujeto, lo llena de deseos de ponerse al servicio, de arremangarse y contribuir a restaurar la belleza dañada de lo real. Alberto quizás haya tenido esa experiencia y busca aliviar al hombre actual, untar sus heridas en el intento de hacerle experimentar el don que a él le ha sido dado. Lo incita a recuperar la capacidad de asombro, a salirse de la atmósfera de indiferencia y aburrimiento que lo invade todo.

“Vivir desde el don” propone como un fundamento último de la posibilidad de la experiencia del don, el hecho del carácter creatural de lo real. Hay en el origen un gesto de generosidad divina. Dios por su superabundancia amorosa nos regala todo cuanto es en el acto de la creación, incluso a sí mismo en la Persona de Jesús. Es desde la gratitud que despierta ese reconocimiento que se nos propone vivir. Somos valiosos para el Señor de la Vida.

Me animo ahora a dar un paso más. La experiencia del don es la experiencia de la ley misma de la vida, de la ley de toda forma de vida, incluso quizás de la vida divina, de la Vida Trinitaria.

Dice Edith Stein que la Vida Trinitaria es modelo, causa ejemplar, paradigma, en sentido platónico, de toda forma de vida. Toda forma de vida encarna la huella de la Vida Trinitaria, es su reflejo, aunque a veces la imagen aparezca distorsionada. La ley de la vida, realiza tres movimientos: el primero, “ser en sí” (recibirse); el segundo, “vivir lo otro” (recibir el don); el tercero, consecuencia de los dos anteriores, “recibirse” y “recibir lo otro”, “para existir según uno mismo” (aportando lo propio). Este triple movimiento describe, tanto como describir se pueda, la Vida Trinitaria y es modelo como dijimos de toda forma de vida, aun de la vida vegetativa y animal. Para ser uno mismo hay que entrar en comunión. La

semilla por ejemplo recibe en sí los nutrientes de la tierra, del agua, del aire para germinar y dar de sí lo que puede aportar al orden del mundo en el que habita. Si podemos aunarnos a este ritmo sencillo del genuino movimiento de la Vida, podremos experimentar humanamente algo de la forma más alta de vida que es la vida divina, del estilo de vida que Dios vive. Estaremos ya en el paraíso. “Vivir desde el don” nos abre una puerta a esa experiencia, a la experiencia de la verdadera ley de la vida.

Dice Charles Peguy que una buena lectura mantiene viva a una obra, la hace continuar con su ciclo vital. En este caso su observación destella múltiples analogías: el interés de “Vivir desde el don” excede los límites de la vida del texto escrito, lo que aquí se trata de mantener vivo no es a la obra sino a la vida misma.